

CAPITULO XIX.

Toros de aficionados.

Leopoldo y Nuñez, despues de haberse cerciorado del sitio en que vivia Clotilde, y de haber almorzado en la mejor fonda de la poblacion, recorrian la antigua ciudad de Texcoco, tan llena de recuerdos históricos y de atractivo para todo aquel que, como ellos, está dotado de una vasta instruccion, de un gusto exquisito y de una imaginacion de artista y de poeta.

Allí convenian, por cálculos probables, sobre el lugar en que debió estar situado el edificio destinado al llamado tribunal extraordinario, cuyos socios se formaban de

las personas mas instruidas del reino, pues para pertenecer á él no se hacia caso del nacimiento ilustre, ni del parentesco, sino del mérito de la persona: tribunal, por lo mismo, popular y respetable por su saber, que decidia sobre la aptitud de los profesores en los varios ramos de las ciencias, sobre la fidelidad de la enseñanza que recibian los discípulos, cuya falta era castigada severamente, y que estableció los exámenes de estos últimos, propios para despertar la emulacion, tan fecunda siempre en excelentes resultados.

Parecía ver aquella reunion de sábios y antiguos texcocanos, aquel consejo general, encargado de dirigir la educacion del país, reunido en determinados dias en uno de los régios salones, escuchar de boca de los poetas y de los historiadores, recitar ya sus melancólicas poesías, ya sus composiciones históricas, ya sus asuntos tradicionales, y ya, en fin, las máximas de moral, propias para morijerar las costumbres, que eran premiadas, segun su mérito, por las tres testas coronadas del imperio que asis-

tian á estos certámenes, y los presidian de los ricos asientos que estaban destinados á ellos.

Al meditar en esto los dos excelentes amigos, no extrañaban que Texcoco, como lo afirma la historia, hubiera sido la cuna de los mas afamados historiadores, poetas y oradores de aquella época en el Nuevo-Mundo. Sabian que sus archivos dispuestos cómodamente en el palacio del príncipe Nezahualcoyotl, que descollaba como el primero entre los ilustres vates de su imperio, estuvieron provistos con los anales de las edades primitivas, y no se sorprendian, por lo mismo, de que su idioma, mucho mas culto que el mexicano, y el mas puro de todos los dialectos *nahuatlacos*, fuese el que continuó usándose despues de la conquista, y en el cual se compusieron las mejores producciones de las razas nativas.

Allí se presentaban á la fecunda imaginacion de nuestros dos jóvenes, los soberbios palacios que mandó edificar el poderoso rey de Texcoco, para constante morada de los nobles del reino: el magnífico con-

junto de edificios que servian para la residencia real y para las oficinas públicas. Conjunto que se extendia de oriente á occidente, 1.234 varas, y de norte á sur, 978, rodeado de un muro formado de ladrillos crudos y mezcla, de seis piés de ancho y nueve de alto, en la mitad de la circunferencia, y quince piés de altura en la otra mitad.

Creian ver anexos á este admirable sitio, las suntuosas habitaciones del rey y las de su serrallo, tan provisto de hermosuras como el del sultan de Oriente. Veían sus paredes, como dice un historiador, incrustadas con alabastro y estuco de ricos colores, ó adornadas con vistosos tapices de variadas obras de pluma, é íbase por debajo de espaciosos pórticos y por medio de intrincados laberintos de arbustos, á los jardines, donde los baños y las cristalinas fuentes estaban sombreadas por espesas arboledas de gigantescos cedros y cipreses: á su viva imaginacion se presentaban los espaciosos estanques llenos de peces de variados colores; las inmensas pajareras ostentando las aves de mas lindo y brillante plumaje, y un

número crecido de pájaros y animales, que no pudiendo conseguirse vivos, estaban imitados en oro y plata, con tanta perfeccion, que sirvieron de modelo al célebre naturalista español, Hernandez, enviado por Felipe II, y cuya obra es un monumento de industria y erudicion, tanto mas apreciable, cuanto que es la primera que se escribió sobre este dificultoso asunto, debiéndose tener presente, que no obstante toda la luz adicional que han proporcionado los trabajos de los naturalistas posteriores, ella conserva su lugar como un libro de la mayor autoridad, por el modo claro, fiel y perfecto con que discute sus diversos asuntos.

Del sitio en que se figuraban debió estar edificado este régio palacio, en cuyo trabajo se ocuparon doscientos mil operarios, y muchísimo tiempo, se dirijieron Nuñez y Leopoldo á la bellísima colina de Tezcotzinco, distante dos leguas de la ciudad, que fué la residencia favorita de Nezahualcoyotl, llena, en aquella remota época, de bellísimos jardines, sobre los cuales se levantaba un magnífico palacio de elegante y só-

lida arquitectura, al cual se subia por una série de 520 escalones, muchos de ellos trabajados en el pórfido natural. En el jardín de la cumbre habia un receptáculo para la agua, ministrada por un acueducto que atravesaba collados y valles, por varias millas, sobre enormes estribos de sillería. Una gran roca se levantaba en medio de este estanque, esculpida con jeroglíficos que representaban los años del reinado de Nezahualcoyotl, y las principales proezas que habia ejecutado en cada uno de ellos, y en su remate se veía la imágen de un *coyote*, animal semejante á la zorra, el cual, segun la tradicion, representaba á un indio famoso por sus ayunos.

Gratamente conmovidos por los recuerdos que evocaban los venerandos sitios que hollaban con su planta, recorrian aquella deliciosa colina, á la cual se retiraba frecuentemente el monarca á descansar de las fatigas que causan los asuntos sérios del Estado, y á dar solaz al fatigado espíritu, en medio de las bellísimas mujeres, que cual las seductoras húrís del profeta, reposaban

reclinadas en un lecho de rosas, y á la sombra de los corpulentos árboles de los floríferos jardines, esperando una caricia de su poderoso y respetable dueño.

Aquel era el privilegiado sitio en que el vate rey, el gran Nezahualcoyotl, se entregaba en los últimos días de su vida, y cuando la edad había templado su ambición y el ardor de su sangre, al estudio y la meditación, y donde su alma, inclinada á la dulce poesía, expresó en sentimentales estrofas, profundos y nobles pensamientos.

Núñez no pudo contemplar sin conmovirse, aquellos lugares de antiquísimos recuerdos, donde cada piedra, cada arbusto, cada grano de arena encerraba un poema de angélica armonía, tan bello para el hombre pensador, como insignificante y sin sentido para el vulgo indiferente.

—¡Qué grata melancolía se respira en este sitio!—exclamó Núñez dirigiéndose á su amigo Leopoldo:—¡He aquí un libro elocuente de lo que son las grandezas de los individuos y de los imperios. La pompa, el poder, el fausto y la riqueza del rey mas

sábío y mas grande del Anáhuac, yacen reducidos á polvo, á nada, á lo que somos. Nada queda de las sublimes obras materiales con que embelleció su reino: las estatuas, los palacios, los jardines, todo ha desaparecido bajo la huella destructora del tiempo; solo las obras de la inteligencia, como producciones del alma inmortal, sobreviven para revelarnos la historia de las pasadas generaciones.

—Es verdad!—respondió Leopoldo.—De las obras de tan excelso monarca, solo nos quedan las imperecederas páginas de sus tiernas, religiosas y filosóficas poesías, llenas de unción y de fluidez, que conmueven el alma. A vd. he oido recitar una de esas producciones que tendria sumo placer en oirla repetir en este sitio, en donde probablemente seria escrita.

—Se la recitaré!—contestó Núñez;—porque me parece que ellos imprimen á esta desierta colina el atractivo de las pasadas edades.

Y el arrogante jóven, profundamente conmovido y con voz clara y sonora, pronunció

estos versos del rey texcocano, que el viento en sus ligeras alas llevó por todos los ámbitos del espacioso valle:

“Todas las cosas tienen su término en la vida, y en la mas alegre carrera de vanidad y de esplendor falta su fuerza, y se hunde en el polvo. Todo el mundo no es sino un sepulcro, y nada hay que viva sobre la superficie de la tierra que no haya de ser cubierto y sepultado en ella. Los rios, los torrentes y arroyos, corren á su destino. Ninguno vuelve atrás á su agradable manantial: siguen adelante; y van precipitadamente á sepultarse en el profundo seno del océano. Las cosas de ayer ya no son hoy, y las de hoy acaso dejarán de existir mañana. Los cementerios están llenos del pasado polvo de cuerpos vivificados un tiempo por almas racionales que ocuparon tronos, presidieron consejos, acaudillaron ejércitos, se abrogaron culto, se ensoberbecieron con la vana gloria, con la pompa, con el poder y el imperio. Pero todas estas cosas han desaparecido como el humo terrible que sale de la garganta del Popocatepetl, sin mas recuer-

dos de su existencia que el de estar inscrita en las páginas del historiador.”

“El grande, el sábio, el valiente, el hermoso, ¡ah! ¿dónde están ahora? Todos mezclados bajo el césped; y lo que les sucedió á ellos, ha de acontecernos á nosotros y á aquellos que nos sucedan. Alentémonos, pues, nobles é ilustres caudillos, amigos verdaderos y leales súbditos, *aspiremos á obtener aquel cielo, donde todo es eterno, y donde no puede llegar la corrupcion.* Los horrores de la tumba no son sino la cuna del sol, y las sombras de la muerte, brillantes luces para las estrellas.”

—¡Cuánta verdad encierran las breves páginas de esa tierna poesía!—dijo Leopoldo.—Los hombres de todos los países, desde las mas remotas épocas hasta nuestros dias, han comprendido que la felicidad humana es transitoria, y que nada existe inmutable, sino los bienes reservados al hombre virtuoso en la mansion de Dios. Pero volvamos á Texcoco, que la tarde avanza, y la corrida de toros dispuesta por los ami-

gos de D. Emilio para obsequiarle, debe empezar dentro de una hora.

—Sí; marchemos.

Contestó Nuñez; y arrimando las espuelas á los ijares de sus caballos, descendieron de la colina, y se dirijieron á la antigua capital del ilustre Nezahualcoyotl.

La gente en tropel acudia de todas partes á la funcion de toros, en que iban á lucir su habilidad tauromáquica los jóvenes aficionados de lo mas selecto de la poblacion.

En la inmensa plaza del mercado se habia improvisado con tablones y vigas, el sitio de la liza.

Debajo de los arcos del largo y espacioso portal que adorna uno de los lados, se encontraban los principales palcos.

Las localidades estaban llenas de personas de ambos sexos, que esperaban con impaciencia que diese principio la funcion.

Muchas de las familias principales tenian entre los aficionados que iban á manifestar su destreza en el manejo del caballo al lazar ó colear un toro, algun deudo, amigo, ó persona de su aprecio, sin que faltasen

bellas jóvenes que contaban al objeto de su amor, experimentando por su futuros triunfos el placer anticipado que inunda el alma de dulce satisfaccion.

Sobre las vigas, sobre las azoteas de las casas que circundan la plaza, en los balcones, y hasta subidas en la cima de los árboles que sombrean aquel sitio, se veían multitud de personas, ávidas de ver y de aplaudir á los que iban á tomar parte en la agradable fiesta.

Al notar aquella alegría, aquel afan, aquel delirio por las corridas de toros, cualquier extranjero hubiera creido encontrarse en una de las ciudades de España. Nada, al menos, faltaba de aquella animacion, de aquel bullicio, de aquel placer que se advierten todos los lunes en la ancha calle de Alcalá, en los momentos en que todo Madrid, en coches, en ómnibus, en calesas y á pié, se dirije á la espaciosa plaza en que tienen lugar las animadas corridas.

Era un espectáculo que revelaba su origen español; pero que penetrando en el rondel y examinando las variadas suertes

que ejecutaban, presentaba toques y tintas enteramente originales.

Con las costumbres sucede lo mismo que con las fisonomías.

Parécense los individuos de una misma familia; pero sin embargo, siempre hay en ellos particularidades y rasgos especiales que no les deja confundirse.

Y esto mismo sucede con las corridas de toros en México. La España las aclimató en la bella region de Anáhuac; conservan el mismo tipo, el mismo aire de familia; pero analizadas con ojo observador, se advierte inmediatamente que difieren unas de otras, y que solo conservan las señales características mas pronunciadas que revelan su cuna.

Las corridas en España son mas serias, mas imponentes, mas clásicas, digamoslo así; guardan todavía aquel aspecto de la edad media, aquel barniz guerrero de los caballeros que, ostentando en sus cimera los colores de su amada, se presentaban en la arena á rejonear al valiente y temible toro de Jarama.

Las de México son mas vistosas, mas ligeras, mas poéticas, menos sangrientas; pero igualmente animadas, igualmente interesantes.

A lo animado, sério y agradable de aquellas, reúnen los variados y difíciles lances que á caballo ejecutan los excelentes ginetes mexicanos, gente la mas diestra en el manejo del brioso alazan.

Pero penetremos en la plaza.

Un inmenso gentío ocupa todas las localidades.

Los palcos, llenos de encantadoras jóvenes, elegantemente vestidas, remedan un encantado jardín, donde Flora se ha complacido en colocar los mas vistosos ramilletes, formados de las escogidas flores de sus poéticos pensiles.

En medio de aquel florífero verjel de vivientes azucenas, descollaba la apacible Clotilde, la fragante rosa, la reina de las flores, como llama Safo á la rosa, el ojo de la primavera, la púrpura de la tierra, el carbunco vivo, la estrella vegetal y el fuego perfumado que embellece los jardines.

Ceñía su esbelto y delicado cuerpo de seductoras formas, un vestido punzó que hacia resaltar la blancura de su angélico rostro y de su redonda y ebúrnea garganta; y sobre el abundante cabello de su poética cabeza, peinado con gusto, sencillez y elegancia, se veía una cinta azul celeste con gracia entrelazada.

En sus pequeñas y redondas manos, cubiertas de finísimos guantes de cabritilla, acariciaba un bellissimo abanico de plumas azul celeste y doradas, que llevaban á su angélico rostro el regalado ambiente, impregnado de los exquisitos olores que exhalaban de sus flotantes trages las seductoras hijas del suelo texcocano.

Sobre sus redondos y nevados hombros llevaba un trasparente y pequeño pañuelo de blanca gasa, prendido con una bellissima esmeralda.

Clotilde era una de aquellas bellezas románticas, dulces, interesantes, apacibles y seductoras que atraen sin intentarlo, que cautivan sin violencia, que se aman porque

embriagan con su natural hechizo, con su magnética y dulce mirada, con su armonioso acento, con la auréola celestial que baña los angélicos contornos de esas mujeres, de quienes los gentiles hubieran hecho una divinidad.

Las miradas de todos los jóvenes estaban fijas en aquella joven y pálida deidad, cuya hechicera y dulce melancolía prestaba nuevos atractivos á su angélica belleza.

Nadie ignoraba que estaba enferma; y esta circunstancia contribuía á que se aumentase el interés y la simpatía de todos hácia ella.

La veían triste y lánguida, dejando vagar en sus purpúreos lábios, cuando la dirijian la palabra, una sonrisa melancólica y apacible, como la moribunda luz que envuelve el mundo al hundirse el sol en el ocaso.

—Te veo muy triste, hija mia:—La dijo Inés que estaba sentada á su lado.—Hoy un instante estaba satisfecha de verte afanada en engalanarte para asistir á la corrida, y desde que hemos llegado, te has vuel-

to á hundir en esa mortal melancolía que te consume y que nos alarma.

Los ojos de Clotilde se llenaron de lágrimas, que trató de ocultar cubriendo el rostro con el abanico.

Habia estado afanada, era cierto, por asistir á la animada funcion; pero aquel afan habia reconocido una causa poderosa. Se figuraba encontrar en ella á Leopoldo, al objeto de su amor; y alentada con esta esperanza, se habia vestido con aquellos colores que, expresando los afectos de su alma, llevasen el consuelo al corazon de su idolatrado amante.

Pero Leopoldo no estaba allí: la hermosa jóven habia recorrido con la vista todos los palcos y sitios principales, y en ninguno estaba el objeto de su amor.

—¡Tal vez habrá vuelto á México!— pensó; y la infeliz volvió á quedar sumergida en sus tristes ideas.

El sol de la esperanza que habia reanimado su espíritu pocas horas antes, se ocultó entre las nubes del sentimiento de la ausencia, y Clotilde, semejante al elio-

tropio que inclina abatido sus hojas al ocultarse el astro principal á quien sigue constantemente y por quien vive, volvió á quedar entregada al pesar y á la melancolía, alarmando con su notable palidez y su prostramiento á la cariñosa Inés, que con maternal cariño la observaba.

Don Emilio, Duval y el doctor, entretenidos en asuntos de política, sostenian una conversacion animada en un extremo del palco sin fijar la atencion en las dos hermosas.

De repente sonó una trompeta, y las puertas de la plaza se abrieron dando entrada á los jóvenes aficionados que se presentaban á lucir su habilidad y su destreza.

Cuatro iban en arrogantes caballos, de plateadas y ricas sillas, provistos de excelentes reatas, y vestidos con el airoso traje del *ranchero* (1) mexicano: los demas marchaban á pié, llevando al brazo vistosas capas de brillantes colores, hechas expofeso para aquella corrida.

(1) Gente del campo, robusta, que siempre anda á caballo.

Un aplauso general resonó por todos los ámbitos á la vista de los elegantes, finos y aficionados gladiadores.

Cada uno de ellos envió una mirada al palco en que se hallaba la señora de sus pensamientos, y se propuso en su interior, sobresalir en los lances que iba á presenciar la escogida y numerosa concurrencia.

Preciso es advertir que en estas corridas de aficionados, los espectadores nada pagan, pues la función no es más que un obsequio que hacen á sus amigos los mismos jóvenes que se lanzan á la arena, y que á escote han hecho todos los gastos que originan esas alegres fiestas.

Por lo mismo los actores y los espectadores se componen generalmente de lo más granado de la sociedad, lo que contribuye á que reine en la plaza el buen humor, la armonía, la compostura y la galantería, que se observa entre gente fina y bien educada.

Clotilde volvió á pasear sus melancólicos ojos por la concurrencia en busca del objeto que no podía olvidar un solo instante, y los bajó afligida, al ver que no estaba entre

aquel inmenso público, cuya alegría formaba contraste con su sentimiento y su dolor.

—¡Se ha ido á México; no hay duda!— Repitió para sí, ahogando en su garganta un suspiro próximo á salir.

Un grito de placer resonó en aquel instante por todas partes.

Clotilde levantó la cabeza.

Era el primer toro que salía, y á quien saludaba la multitud.

Los atrevidos jóvenes que formaban la cuadrilla de á pié, hicieron diversas suertes de gran mérito, que les valió una lluvia de aplausos.

No estuvieron menos felices los picadores, que con un arrojo y una maestría admirables, sostenían el empuje del potente toro, burlando su furia sin permitir que ensangrentase sus agudas astas en el brioso corcel, diestramente dirigido.

Pero nada más admirable, nada más difícil, ni nada más airoso como el banderillar á caballo.

Sentado elegantemente en la silla, con una naturalidad cautivadora, ostentando en

cada mano una banderilla de lujo, pero mucho mas pequeñas que las comunes; sosteniendo la rienda con el dedo meñique de la mano izquierda, se veía á los banderilleros de á caballo presentarse delante de la fiera, llamarla, y al ser acometidos, soltar la rienda, hacer saltar al enseñado y obediente corcel por encima de la cabeza que el toro bajaba para herir, clavarle las banderillas con admirable limpieza, y seguir corriendo á tomar otras nuevas en medio de los bravos y de las palmadas de la multitud.

Es preciso ser excelente jinete, como son en general los mexicanos, para ejecutar á caballo esa y otras suertes difícilísimas, que en ninguna otra parte he visto.

El doctor y Duval eran de los que mas admiraban aquellos lances desconocidos en Europa.

Don Emilio, que en su juventud habia sido uno de los notables en hazañas de aquella naturaleza, estaba enagenado de placer, y no apartaba la vista de los diestros y atrevidos jinetes.

Solo Clotilde y la hermosa Inés no parti-

cipaban del general contento. Aquella, porque para el corazon enamorado nada tiene atractivo ni vida en la tierra, si no está animado por la presencia del objeto de su amor; y la segunda, porque advertia y adivinaba los sentimientos que embargaban el tierno corazon de su querida expósita.

El toro fué muerto por uno de los de á caballo, y sacado de la plaza por tres mulas, con penachos blancos y encarnados, y con gusto y lujo enjaezadas.

Iba á salir el segundo toro que se anunció estar destinado para *cobearlo*.

—¡Bravo! ¡bravo!—gritó la multitud alborozada:—¡Cola, cola!

Los jinetes reconocieron las cinchas, apretaron las sillas á sus caballos, y se prepararon para ejecutar la nueva suerte, enteramente mexicana.

Ya se disponia el encargado del toril á abrirlo, cuando se presentaron en el redondel dos nuevos jinetes, perfectamente montados y oprimiendo los lomos de dos briosos, arrogantes y obedientes caballos.

El público dejó escapar un grito de en-

tusiasmo y bienvenida al notar el porte gentil y gallarda presencia de los recién llegados.

Clotilde dirigió la vista hácia los nuevos ginetes, y al encontrarse sus ojos con los de uno de ellos, se estremeció en su asiento, y el carmin coloreó sus pálidas mejillas.

Era Leopoldo que llegaba con Nuñez á tomar parte en la diversion.

Duval y Willey se miraron con asombro, y dejaron escapar, en voz baja, una horrible imprecacion.

—¡Soy feliz!—exclamó Leopoldo dirijiéndose á su amigo, mientras daban una vuelta juntos al rededor de la plaza, con pretesto de reconocer el terreno.

—¿Por qué?

—¿No vé vd. que se ha presentado vestida con trage punzó?

—Sí, ya lo veo, y tambien que está hechicera con él.

—¡Ah! ¡me esperaba! ¡su corazon le decia que concurriria á la fiesta!

—Pero ¿qué indica ese color para que labre su felicidad?

—Ese color punzó expresa cuanto puede desear el corazon de un amante: expresa este sublime y consolador concepto: “*Os amo mas que á mi vida.*” ¡Y puedo apetecer yo mas sobre la tierra que su amor?

—No; porque para quien ama con todas las veras del alma, no existe otro bien bajo la bóveda del cielo.—Contestó suspirando y conmovido Nuñez.—Pero si no me engaño, en el peinado lleva una cinta azul celeste, con gracia puesta: ¿sabe vd., por ventura, si el color de esa cinta se encuentra en armonía con el significado del vestido?

—Perfectamente en armonía, lo mismo que la esmeralda que brilla en su pecho, y el rico abanico que sostiene en sus torneadas manos.

—¿Será posible?

—Sí, amigo mio. La cinta azul celeste en la cabeza, expresa este dulce pensamiento: “*yo tambien os amo:*” los colores azul y dorado que ostentan las plumas de su precioso abanico, me dicen: “*sed constante y seré vuestra;*” y la rica esmeralda que sostiene su fino y trasparente pañuelo, expre-

sa este dulcísimo concepto: "*correspondo a vuestro amor; tened esperanza en la felicidad conyugal.*"

—¡Ah! ¡cuánto gozo al ver á vd. tan dichoso, amigo mio!

Exclamó Nuñez cuando se encontraban casi debajo del palco de D. Emilio.

Los dos jóvenes saludaron, y el saludo les fué correspondido con singular demostracion de afecto por Inés, Clotilde, y Landeta.

Solo Duval y el doctor se tocaron friamente el sombrero y refunfuñaron entre dientes palabras de ódio y de venganza.

Inés dirigió una mirada de cariño y de inteligencia á su protegida, y le estrechó la mano en señal de parabien.

Como las plantas recobran su frescura y lozanía á los nítidos rayos de la naciente aurora, así Clotilde recobró su alegría y su contento al ver delante de sus ojos al sol de su esperanza, á la aurora de su futura felicidad.

Su primer cuidado fué observar si en el adorno del sér que idolatraba encontraba

algun objeto parlante que le revelase los tiernos sentimientos de su cariño eterno.

Sus ojos se fijaron en el lindo pañuelo de seda, blanco y verde, que caía en graciosas puntas de su cuello, formando una airosa corbata, y en su fisonomía se pintó la gratitud y la satisfaccion mas puras.

En aquellos dos colores leyó en pocas palabras todo un poema de felicidad, de juramentos de amor, de ternura y de pasión: "*estad segura de mi amor.*"

Clotilde sintió embalsamado su pecho con un deleite inefable que recompensó con usura, en un solo instante, todos los tormentos sufridos hasta entonces.

Tranquila y satisfecha con aquella protesta de amor que le aseguraba de la constancia y fidelidad de su amante, dirigió la vista á otro objeto insignificante para el resto de los concurrentes, pero de suma importancia para ella.

Era un pequeño ramo de caléndulas, con una yerba en medio, llamada anagalida, colocado como adorno á un lado de la ancha